

El proyecto político de EH BILDU¹

Floren Aoiz, militante de Sortu y director de la Fundación Iratzar.

Tiempo de reacciones y alternativas frente a la desatada ofensiva del neoliberalismo

Idolatrada hasta el delirio en las últimas décadas en medio de la euforia neoliberal desatada tras la caída del Muro de Berlín, la democracia liberal se enfrenta ahora a una crisis multidimensional. Se evidencia la brecha entre la retórica democrática y la realidad del reparto cada vez más desigual del poder económico. En un clima de precariedad, empobrecimiento, crecientes desigualdades sociales y deterioro de las funciones sociales del estado se expulsa de la "democracia de propietarios" a millones de personas, desencantadas con la frustración de las expectativas generadas. Democracia, en plena agresión neoliberal, pasa a ser, incluso en el denominado primer mundo, deudocracia.

El mito del adelgazamiento del estado evidencia su falsedad con la creciente militarización y el avance de la securocracia, con nuevas leyes represivas, muros y vallas, prohibiciones y presiones de todo tipo para evitar protestas y cambios sociales.

La subordinación de los poderes públicos a los intereses privados y las formas arrogantes y autoritarias generalizadas en las élites políticas han ido generando un desencanto que ha evolucionado hacia la indignación, dando lugar a una gran energía social potencialmente transformadora. La corrupción aparece en este contexto como la expresión más insultante de la podredumbre del modelo. La sociedad se descubre ajena a las grandes líneas de la política, la economía..., ante las que nada puede decir ni hacer. Le llamaban democracia pero en realidad, dado el mecanismo de toma de las decisiones fundamentales, bien podría definirse como dedocracia.

Las protestas y expresiones de hartazgo se multiplican a lo largo y ancho del planeta. En nuestros escenarios más cercanos, las crisis se entremezclan, la Unión Europea pierde credibilidad y muestra una palmaria incapacidad para despertar la ilusión de la ciudadanía, que se refugia en otras (viejas y/o nuevas) lealtades. Donde el

¹ Este artículo forma parte del *Anuario de Movimientos Sociales 2014*, publicado por Fundación Betiko en Enero 2015. Disponible online en: www.fundacionbetiko.org

neoliberalismo creía hacer cortado toda esperanza de transformación brotan sin embargo nuevas ideas y experiencias emancipadoras, como estamos viendo en Grecia pero también en otros muchos lugares.

Pero, en cualquier caso, más allá de las denuncias de la hipocresía de la democracia liberal y las resistencias a recortes y otras agresiones, es, sobre todo, momento de afrontar el reto de construir alternativas.

En este ámbito podemos constatar una cierta evolución de las referencias, visiones y estrategias de los movimientos de izquierda y en general emancipatorios. Tras una etapa de gran pujanza de las demandas de autonomía total de los movimientos sociales y rechazo de la política institucional, lo electoral y la conquista de espacios de gobierno y gestión, hemos pasado a un clima en el que todas estas cuestiones se están formulando de otro modo.

No se trata, claro está, de una vuelta atrás hacia modelos vanguardistas clásicos, ni una repetición de los esquemas de la socialdemocracia, sino de intentos serios de ofrecer respuestas novedosas e innovadoras, nuevas maneras de enfocar el dilema entre reforma y revolución, una nueva visión y sobre todo una nueva praxis en relación a la tensión y complementariedad entre movimientos sociales, instituciones, sindicatos, partidos...

Es momento de ir generando nuevos paradigmas, no de rechazar por principio las elecciones o distanciarse totalmente de la esfera institucional, sino de darles otro significado y plantearlas como espacios de transformación dentro de proyectos más amplios capaces de alterar no sólo las relaciones entre las fuerzas en un momento dado sino de modificar las reglas del juego, cambiar el orden social y político, en definitiva.

La democracia representativa y las instituciones de las llamadas democracias liberales son también escenario de las nuevas luchas por el cambio. No se trata de una simple legitimación en la lógica del fin de la historia y la victoria indiscutible del capitalismo, como a veces se quiere plantear, sino de un esfuerzo por encontrar nuevos caminos y por reformular algunas preguntas desde la izquierda y los movimientos emancipatorios: ¿hasta qué punto pueden ser esas instituciones instrumentos para el cambio? ¿sólo pueden entenderse como obstáculos, meros mecanismos de legitimación de la dominación? ¿Cómo combinar el trabajo en esas instituciones con el cuestionamiento de la lógica en la que se sustentan hoy en día?...

Estas y otras muchas preguntas han vuelto a ponerse sobre la mesa en el nuevo escenario de crisis, con los nuevos combates en torno a conceptos como democracia o soberanía. No hay, por supuesto, soluciones mágicas, pero cada cual puede aportar sus ideas y sus experiencias y eso es precisamente lo que yo, desde Euskal Herria, con

nuestra experiencia, nuestras luces y nuestras sombras, voy a intentar con estas reflexiones.

Sortu, EH Bildu y la reinención de la izquierda independentista vasca

Sortu ha sido legalizado recientemente como partido político en el contexto de un estado de excepción más o menos encubierto contra el independentismo vasco que ha supuesto la ilegalización y criminalización de sus referentes históricos y el procesamiento e incluso encarcelamiento de un numeroso grupo de militantes, no pocos de ellas/os todavía en prisión.

La adopción de la caracterización legal como partido (por la que ya optaron en el pasado, Herri Batasuna y otros agentes, dada la rigidez de la legislación española al respecto) no debe interpretarse en ningún caso como una asunción de lo que suele llamarse “forma partido”. Muy al contrario, la distancia con respecto a ese modelo constituye una de las particularidades e incluso podríamos decir señas de identidad de la izquierda independentista vasca, reacia a dejarse atrapar por las etiquetas, que siempre ha apostado por referentes que de un modo u otro articularan las características de los movimientos sociales con formulaciones concebidas para operar también en el terreno electoral e institucional. Así, por ejemplo, Herri Batasuna fue evolucionando desde sus primeros pasos como agrupación electoral y coalición hacia una arquitectura de Unidad Popular ya en los años ochenta del siglo XX, desde el reconocimiento de la potencialidad del modelo en otras latitudes y la conveniencia de adaptarlo al escenario vasco de la época.

Sortu es formalmente un partido, pero con vocación de encarnar el necesario pero siempre difícil equilibrio entre un modelo organizativo estricto y el carácter de movimiento. En definitiva, una fuerza política del siglo XXI con hondas raíces y asentada en un movimiento histórico que ha demostrado una gran capacidad de resiliencia. Lo que podríamos llamar, sin intención de acuñar mecánicamente -y por ello totemizar- un término, un partido-movimiento.

Sortu comparte con organizaciones como Ernai y LAB el encuadre en la izquierda independentista y, de acuerdo con su presencia en EH Bildu, forma parte también de un espacio más abierto y plural que se va consolidando en Euskal Herria en los últimos años.

EH Bildu es ya mucho más que una simple coalición electoral o una plataforma institucional y es previsible y deseable que siga avanzando en su articulación optando por nuevas formulaciones. Sortu ha realizado una apuesta estratégica por impulsar este espacio de suma de voluntades y acción común y, del mismo modo, defiende complicidades diversas con agentes y personas comprometidas en diferentes facetas de

la lucha por la soberanía vasca, el derecho a decidir, el rechazo a la ofensiva neoliberal u otras dinámicas de transformación social.

Sortu quiere ser un agente participante en una constelación de agentes capaces de articular fuerzas y materializar cambios gestionando la diversidad. Esto implica rechazar cualquier tentación vanguardista o dirigista, no ver la fórmula organizativa concreta de cada fase nunca como algo inamovible y comprender que la referencialidad política se gana con el trabajo diario y la capacidad de generar adhesiones, no con verticalismos o actitudes autoritarias.

Tanto en Sortu como en general en Euskal Herria, se ha vivido en los últimos años un importante proceso de reflexión e innovación política, en el que el paso de la dinámica de la protesta y resistencia a la construcción de alternativas ha sido una referencia fundamental.

Ciertamente, no se puede entender el nuevo tiempo en Euskal Herria sin reparar en la profunda y, para muchos, todavía desconcertante (por inesperada y por desbordar cualquier previsión) reinención de la izquierda independentista vasca. En los últimos años la izquierda abertzale ha llevado a cabo un proceso de reinención en el que desde la fidelidad con su acontecimiento fundacional, (la irrupción de un nuevo sujeto-agente popular independentista y socialista) y con la legitimidad de la honestidad y el acierto del rechazo a la Reforma postfranquista, ha mirado de frente a sus errores y debilidades para afrontar una nueva etapa, con audacia y sentido histórico.

La izquierda independentista comprendió que se estaban produciendo cambios, tanto en Euskal Herria como en otros escenarios, que exigían un cambio de enfoque, otra manera de hacer las cosas, para ser capaces de generar una coyuntura esperanzadora para el pueblo vasco. Un tiempo se estaba terminando y era hora de afrontar nuevos pasos, encontrar una alternativa a los escenarios que se le querían imponer: bunkerización en posiciones testimonialistas o aceptación de las reglas del juego impuestas por la Reforma postfranquista con la consiguiente renuncia a su proyecto político.

La izquierda abertzale fue capaz de elegir un camino totalmente diferente. Llegó a abrir un nuevo tiempo político marcado por la creación de nuevas condiciones de posibilidad. Fue un nuevo acto de insubordinación, como había sido su emergencia como agente-actor político en pleno franquismo. En ambos casos, no se trató de una simple irrupción o reaparición en el escenario, sino de la transformación del escenario y sus coordenadas.

Esta operación, llevada a cabo en un momento de grandes dificultades y en medio de una brutal represión, ha supuesto una reactivación del espacio social de la izquierda independentista y un fortalecimiento de sus posiciones estratégicas que ha

acrecentado notablemente su influencia en la sociedad vasca. Como puede imaginarse, ha sido y sigue siendo un proceso complejo, en el que han participado miles de militantes y en el que no han faltado la autocrítica ni los debates más o menos acalorados y las tensiones, por supuesto, perfectamente comprensibles dada la envergadura y su alcance estratégico, pero también sus implicaciones en el imaginario, los sentimientos, las referencias, la identidad grupal...

La trayectoria de la izquierda independentista puede amojonarse con sus aciertos estratégicos, pero no son menos importantes los momentos en que se ha visto empujada a modificar sus posiciones y atender otros puntos de vista, como en el caso de reivindicaciones de los movimientos sociales en materia de medio ambiente o insumisión o formas de organización, lucha y movilización. Estos desbordes creativos han transformado a la izquierda independentista, le han ofrecido periódicas curas de humildad y le han permitido adaptarse a los cambios y reinventarse a sí misma en varias ocasiones mientras tanto en Euskal Herria como en otros lugares muchos proyectos y experimentos naufragaban.

Del mismo modo, su tenacidad y la progresiva impermeabilización a las operaciones de cooptación del régimen la han hecho prácticamente indigerible para el estado. La izquierda independentista siempre ha mantenido una posición de crítica radical de las instituciones, sin rechazar participar en ellas y esa actitud de alerta han sido una de sus señas de identidad, incluso en los peores momentos de ilegalizaciones y persecuciones.

Por todo ello, podemos decir que esta reinención, que reforzaba tendencias ya apuntadas en los años anteriores, ha generado una izquierda independentista menos sectaria, más abierta, más madura y a la vez renovada y rejuvenecida, más comprometida con la cooperación y más refractaria a los dirigismos y vanguardismos. Podríamos decir que se ha vivido una democratización tanto interna como de las posiciones políticas, con una apuesta por avanzar hacia una democracia radical a todos los niveles.

Esta reinención ha contribuido a la creación y consolidación de nuevos espacios de suma de fuerzas, especialmente de Euskal Herria Bildu, formado por Sortu, Aralar, Eusko Alkartasuna y Alternatiba. EH Bildu tiene ya una trayectoria corta pero muy fructífera, que marca el camino de un Frente Amplio de la izquierda soberanista e independentista vasca con proyección social e institucional.

La capacidad de sumar fuerzas, tanto en EH Bildu como en otros espacios ha sido otra de las claves de los cambios vividos en Euskal Herria en los últimos años. Ha habido interesantes desplazamientos desde posiciones más autonomistas o estatistas hacia el soberanismo, facilitadas por la evolución de la izquierda abertzale pero que obedecen principalmente a la pérdida de referencias del régimen de 1978 y sus

entramados autonómicos. Pueden apreciarse en el sindicato ELA o en partidos como EA o Alternatiba, pero también en otros agentes y sectores sociales. Se ha ido produciendo un nuevo realineamiento en torno a la cuestión de la soberanía y el derecho a decidir, en perjuicio de la obsesiva insistencia en despolitizar el escenario político y convertirlo en un permanente acoso inquisitorial disfrazado de reclamo ético-moral sobre la violencia de ETA. A la vez, la constatación de los efectos de la ofensiva neoliberal ha facilitado la evolución de la crítica social y política. Estamos por tanto ante importantes cambios en las culturas políticas, con un destacable crecimiento de las conexiones entre agentes, personas y sectores, mucho más difíciles en etapas anteriores. Se han abierto nuevos marcos de complicidad, algunos de ellos inimaginables antes.

En cualquier caso, EH Bildu, todavía una coalición de partidos, debe dar pasos audaces para generar nuevas dinámicas que vayan más allá de la simple suma más o menos coyuntural de fuerzas y de los retos ligados a las instituciones. Nuestro pueblo nos demanda, en esta interesante coyuntura, instrumentos políticos innovadores que sepan unir lo mejor de la experiencia acumulada con las nuevas referencias y formas de acción política. Es preciso por ello ir más allá de los acuerdos entre las fuerzas políticas que conformamos EH Bildu para ir consolidando lo que ya es un hecho, esto es, la emergencia de un agente político nuevo que es mucho más que la suma de sus partes.

La dinámica de democratización tanto dentro como hacia fuera requiere ir más allá del consenso entre las fuerzas políticas que conforman una coalición, para abrir nuevos canales de participación y decisión a miles de personas que no tienen por qué sentirse más cercanas a ninguno de los partidos en concreto, preservando al mismo tiempo la personalidad, el bagaje y la idiosincrasia de estos, que a fin de cuentas, enriquecen y dinamizan el proyecto con y desde su diversidad. Este es uno de los retos de la construcción del Frente Amplio en Euskal Herria.

Hasta ahora, EH Bildu ha logrado importantes espacios de presencia institucional, entre ellos la Diputación de Gipuzkoa y numerosos ayuntamientos en los cuatro territorios vascos peninsulares. En un giro de las grandes tendencias de la acción de gobierno, se han puesto en marcha iniciativas de transformación de las instituciones y proyectos de participación popular, que han chocado con la resistencia y los sabotajes de los poderes mediáticos y las élites económicas y políticas. El acceso a información y la gestión han permitido dar a conocer casos de corrupción y desviación de fondos, lo que nos ofrece algunas pistas sobre las razones del nerviosismo que provoca en las élites la expectativa de perder el control de las instituciones.

Significativamente, han querido boicotear todo intento de consulta popular o reducción de las distancias entre cargos electos y la sociedad. El cuestionamiento de la lógica de la –mal llamada- austeridad (la Diputación de Gipuzkoa y el Ayuntamiento de Donostia han aumentado las ayudas y gastos sociales), los pasos hacia una nueva

política fiscal, el rechazo al TAV y otros proyectos similares o la renuncia a seguir defendiendo los intereses de la Patronal han generado debates y confrontaciones a veces duras pero muy clarificadoras. A esto se han añadido el cambio de enfoque en la política cultural y lingüística, la batalla de las cajas y su privatización, la investigación de los casos de corrupción y del gasto público en infraestructuras y otras obras públicas y todo lo referente a la gestión de los residuos.

Es evidente que EH Bildu deberá en el futuro mejorar el modelo de gestión y profundizar en las líneas ya marcadas buscando la mayor solidaridad y complementariedad con los movimientos y agentes sociales, para consolidar gobiernos sociales, populares y verdaderamente democráticos. Gobiernos que los movimientos sociales y la mayor parte de la ciudadanía sientan como realmente suyos, cercanos, gestionados por personas honestas y comprometidas con el bien común, gente preparada para mandar obedeciendo y dispuesta a ser revocada por la sociedad en todo momento.

Hasta ahora EH Bildu ha impulsado y apoyado proyectos y demandas de mayor participación popular, que van desde los presupuestos participativos hasta las asambleas periódicas por barrios, incluyendo iniciativas legislativas populares, consultas, mecanismos de contraste e intercambio permanente, programas para potenciar la presentación de iniciativas, etc. Esto implica apostar por la socialización de la información, reduciendo los espacios opacos a la sociedad, fomentando debates plurales y participativos, en definitiva, hacer protagonista a la gente de la toma de decisiones. Pero no podemos limitarnos a eso. Es preciso concebir la democratización como un juego de fuerzas en el que hay que cooperar con unos agentes y confrontar con otros. Por eso creemos que deben activarse todas las energías transformadoras para lograr cambios reales. Gestionar de otro modo las actuales instituciones es un paso importante, pero nuestra pretensión es cambiar las reglas del juego. En este sentido la generalización de la consulta, sea en su forma directa u otras será una de las claves, junto a la información permanente y el contraste y la colaboración con los agentes sociales. Pero los grandes cambios ni pueden hacerse ni deben planificarse como si pudieran hacerse sólo desde las instituciones.

Por un cambio en las reglas de juego: la Vía Vasca, nuestro Proceso Constituyente, el escenario principal de democratización

Es necesario ir más allá de la reducida escala electoral-institucional y formular estrategias que nos permitan avanzar hacia nuevos escenarios. Y es aquí donde situamos nuestra idea de un proceso constituyente vasco, nuestra Vía Vasca (Euskal Bidea). Para explicar sus claves y aunque por nuestra territorialidad miramos tanto al estado español como al francés, me centraré en la interrelación entre el marco vasco y el del estado español.

En el estado español, a los vectores internacionales de crisis se ha añadido el estallido de las burbujas generadas en las décadas anteriores. En este contexto, las expresiones de desencanto y enfado de amplias capas de la sociedad se han multiplicado, desde las mareas hasta el 15M y están actualmente cristalizando en diferentes formulaciones organizativas con vocación de dar el salto a la conquista de espacios de poder institucional. Está por ver su evolución pero en cualquier caso las élites españolas han comenzado a descubrir que la gente no estaba dispuesta a soportarlo todo. Estos cambios han golpeado la estabilidad del sistema de partidos, poniendo en cuestión el bipartidismo y generando grietas en los poderes del estado, en el ámbito del poder mediático y en otros muchos espacios.

La rebelión democrático-independentista en Catalunya ha sido otra de las expresiones del fracaso del modelo de estado impuesto tras la muerte de Franco. Más allá de las dificultades para comprender el proceso desde posiciones dogmáticas y/o todavía demasiado marcadas por el nacionalismo banal español, en Catalunya son el pueblo y sus organizaciones sociales quienes marcan el paso a unas élites en cierto modo desbordadas, parte de las cuales intenta recuperar el control sobre la agenda y el timón mientras busca desesperadamente un pacto para el que no encuentran interlocutores en Madrid.

También en Euskal Herria nos encontramos con un proceso de desencanche creciente con el estado español y especialmente con el régimen surgido de la transición postfranquista. Tras décadas de confrontación armada, se ha abierto camino una nueva dinámica política. Hoy en día la sociedad vasca quiere decidir y quiere hacerlo cuanto antes. La formulación del derecho a decidir como expresión tanto de lo que se ha venido denominando derecho de autodeterminación como de la demanda de una democracia radical ha ganado terreno y es claramente mayoritaria.

La obstinación en negar la realidad plurinacional ha acarreado la reducción de las expectativas de un cambio a nivel estatal. No sabemos en qué escenario estaríamos ahora si se hubiera acometido una democratización del modelo de estado, pero lo cierto es que no existen esperanzas de que esta tendencia histórica cambie, por lo que incluso franjas sociales que se situaban en una perspectiva estatal se han acercado a los procesos soberanistas.

En el marco impuesto en el estado español tras la muerte de Franco se ha confundido política con transacción, acuerdo con conchabeo y pluralidad con intercambiabilidad de discursos, líderes y partidos entre las fuerzas del régimen. Se han estrechado los espacios políticos generando una asfixia que ahora parece a punto de estallar, pero de la que durante mucho tiempo sólo unos pocos agentes se quejaban: aquellos reacios a seguir el baile de la modélica transición.

Esos agentes han sido (hemos sido, damos fe) sometidos a una atroz persecución, disfrazada a menudo como *lucha antiterrorista*. Los sistemáticos ataques a los derechos humanos y las libertades democráticas por parte del estado han sido, lamentablemente, avalados por partidos, sindicatos y otros agentes que lejos de mantener una posición autónoma, prefirieron sumarse al discurso y el enmarcado dominantes. Grupos y sectores que de un modo u otro han resistido y se han opuesto a la agenda de desdemocratización e involución han sido también satanizados por parte de quienes, pese a sus mensajes más o menos críticos o sus pretendidas ansias transformadoras prefirieron formar parte de los consensos hegemónicos.

En estos momentos, además, la situación de crisis en el estado español y el surgimiento de nuevos actores, como Podemos, pueden permitir nuevos cambios en detrimento de los deseos de las fuerzas del régimen de evitar cambios profundos. Ciertamente, la cuestión de la territorialidad en y para la que cada agente se sitúa es clave, pero el rechazo al neoliberalismo, la denuncia radical del régimen de 1978 y, sobre todo, la exigencia de democratización y la formulación en ese contexto del derecho a decidir pueden permitir una nueva relación entre fuerzas que con referencias diferentes (Euskal Herria en un caso, el estado español en otro) y sin que ninguno de ellos renuncie a sus estrategias y objetivos puedan llegar a acuerdos o compartir espacios de trabajo.

Esta es por supuesto sólo una posibilidad. No estaba sobre la mesa hace pocos meses y no sabemos si realmente se confirmará en el futuro. Dependerá de las presiones, de las estrategias, del sectarismo de unos y otros, de la relación entre perspectiva estratégica y tacticismo, de la tensión entre la rivalidad electoral y las coincidencias ideológicas y prácticas... Su desarrollo dependerá de las posiciones ante la gestión del proceso de superación del conflicto, ante la demanda de nueva institucionalización del territorio vasco y sobre todo de la posición en torno al derecho a decidir. Pero merece la pena reflexionar sobre ella y preguntarse qué podría hacerse para no dejarla pasar.

En este solapamiento de crisis que se vive en el estado español se han formulado propuestas para transformar el conocido como régimen de 1978 por medio de uno o varios procesos constituyentes. Por eso en una reflexión sobre formas concretas de democratización y participación popular, resulta necesario a mi juicio situarse en el debate actual sobre el futuro del estado español, enfrentado a una crisis que es de régimen, pero también de estado y, en esa medida, estratégica. Lo que se plantea como incógnita en el horizonte no es sólo si perdurará el régimen de 1978, sino si seguirá existiendo el estado español con la territorialidad actual.

Más allá de cuestiones históricas que ahora no mencionaremos, el pueblo vasco tiene derecho a decidir libremente su futuro porque esa es su voluntad. La clave está,

por tanto, en la voluntad democrática y en el establecimiento de mecanismos para su ejercicio libre y pacífico. Pero para que esto sea posible es preciso que en el estado español las fuerzas transformadoras sean capaces de cuestionar la "naturalidad" de las estructuras estatales existentes, renunciando a adoptar posiciones de poder. Esto es, resistir a la tentación de legitimar el nacionalismo banal español que considera nacionalistas a los demás mientras se presenta como mero sentido común neutro. Dejando atrás contradicciones tan escandalosas como reivindicar la soberanía española frente a la Troika o Alemania y llamar a la vez minucia nacionalista a la defensa de la soberanía vasca.

El *nacionalismo banal* naturaliza un determinado statu quo ocultando el nacionalismo propio y satanizando los proyectos alternativos. En el caso español, esta operación ha sido clave para garantizar una determinada arquitectura del poder, asegurando a la oligarquía y sus aliados el control sobre el pueblo. Por más que haya quien quiera hacer manar agua de la fuente seca de la *sublevación* contra las tropas de Napoleón a principios del siglo XIX nunca ha existido un nacionalismo español popular transformador, sino una construcción hegemónica de arriba a abajo con notable apoyo popular, que es algo muy diferente.

La defensa de la territorialidad del actual estado español es perfectamente respetable siempre que se haga desde una posición democrática. Pero esto implica no sólo respetar otros proyectos, sino, sobre todo, renunciar a toda ventaja y apostar por una agenda de decisiones democráticas que permita que cada pueblo pueda decidir. Intentar imponer desde Madrid un proceso constituyente para el conjunto del estado supondría naturalizar la perspectiva espacial, geopolítica de las élites, reproduciendo acríticamente una de las claves de su hegemonía.

Del mismo modo, no veo oportunidades de salidas transformadoras posibles en el espacio del regeneracionismo histórico. No es mi intención demonizar este concepto, pero quiero llamar la atención sobre la necesidad de rupturas, también de rupturas simbólicas. El regeneracionismo sitúa el debate en términos de reformas puntuales que no cuestionen ni la arquitectura del poder ni la estructura territorial del estado. Impone un enmarcado favorable a las posiciones conservadoras, esto es, defensoras de la continuidad nuclear del estado con cambios que tienen que ver no con su transformación profunda, sino con una supuesta vuelta a sus esencias. No es casual que la ofensiva regeneracionista vaya acompañada de una nueva operación de mitificación de la transición.

Por eso nos situamos fuera de la espacialidad geopolítica española y al margen del enmarcado en términos de regeneracionismo. Nuestra perspectiva es otra. Quien mira al mundo desde esta franja de tierra situada en la parte occidental de la unión de la Península Ibérica con el Continente, con los Pirineos como eje vertebrador, no puede

asumir una perspectiva exclusivamente peninsular. Por ello ni nos sentimos cómodas/os ni nos situamos en el ámbito de los debates sobre la reestructuración del estado español. Ese no es nuestro horizonte.

Euskal Herria debe elegir y materializar su propio proceso constituyente sin esperar permisos ni quedar a la expectativa de otros ámbitos. No se trata sólo de reclamar el derecho a decidir sino, sobre todo, de que los diferentes agentes de la sociedad vasca seamos capaces de acordar una agenda de pasos concretos para materializarlo, esto es, de tomar decisiones. Esto implica no sólo gestionar las instituciones existentes con otra perspectiva, incluyendo la insubordinación, sino también crear otras nuevas y articular una nueva relación entre ellas, los movimientos sociales y la ciudadanía.

Esta es una apuesta por una dinámica constituyente democratizadora desde abajo hacia arriba. Significa poner el acento en la participación de la gente más que en protagonismo de las instituciones y agentes del estado. Subraya la base popular y la capacidad de la ciudadanía en pueblos y barrios de participar en el debate, la movilización y la toma de decisiones. Y se asienta en un proceso histórico ya consolidado, con formas de lucha, activación social, movilización y participación ya sedimentadas en el imaginario y las prácticas sociales.

Es momento, por tanto, de presentar disputa en torno a la democracia y la política. Tras décadas de resistencia, es hora de dar nuevos saltos. Por eso hablamos de un cambio de paradigma y de un nuevo horizonte de época. Ya no se trata, como en el franquismo o en los primeros años de la transición, de garantizar la supervivencia del pueblo vasco, su cultura y/o su lengua, ni de hacer frente a la ofensiva de la dictadura o los ataques del neoliberalismo y las operaciones de recentralización del estado y neutralización de todo disenso. Ahora lo que está en juego es la auto-organización de la sociedad vasca y la transformación social que demandan sectores cada vez cada vez más amplios. Está en marcha nuestro proceso constituyente, que es a la vez un proceso de cambio social. Un proceso de democratización radical autodirigido que es a la vez un acto de insubordinación que choca con las estructuras de los estados español y francés, sometidas también a los envites de la crisis y las estrategias neoliberales de desdemocratización y concentración del poder.

En este modelo el protagonista principal es el pueblo. Por eso lo definimos como un proceso de democratización para que cada vez más gente pueda decidir más cosas sobre más temas. Dada la complejidad de nuestra realidad territorial, planteamos que sean varios los ritmos de modo que el nuestro sea un proceso de procesos constituyentes, para la conformación de un sujeto complejo, no monolítico, porque somos conscientes de que la gestión de la diversidad, el gran fracaso de los estados español y francés, será clave para el éxito la Vía Vasca. La libre adhesión al proyecto

será el motor y la ilusión de una mejor vida en común el anclaje con las demandas de la mayoría de la ciudadanía vasca, se sienta abertzale, vasca, vasco-española, vasco-francesa, navarra, vascongada o como desee.

El proceso no es sólo un ejercicio de insubordinación frente a los estados español y francés, a los que les decimos que no tienen derecho a imponernos su voluntad, sino también una agenda para la transformación social, nuestra contribución a la alternativa a la destrucción neoliberal y el actual rumbo de Europa. Por eso, frente a la idea de regeneracionismo, proponemos esta vía propia, innovadora, transformadora, que no mira hacia supuestas pasadas glorias, sino hacia el futuro. Y, sobre todo, hemos puesto estas ideas en manos de la sociedad, que es quien las hará suyas o no y quien, en definitiva, tiene la legitimidad para dirigir este proceso, que por ello definimos como autodirigido.

Una reflexión final: cada pueblo su camino, cada pueblo su modelo, con solidaridad y capacidad para sumar.

Lejos de las viejas lógicas *internacionalistas* eurocentristas construidas de arriba a abajo, debemos atender a la diversidad de luchas, agentes y proyectos emancipatorios. Mejor olvidar los manuales, tanto los ya cubiertos de telarañas como los aparentemente más modernos o posmodernos. Sea cual sea el camino de un deseable cambio civilizacional planetario será un camino de caminos, un puzle de experiencias más o menos articuladas.

Toca lanzar otras miradas a diferentes cuestiones, como la autonomía de los movimientos sociales o el papel de las instituciones. Ahora que se ha ensanchado el horizonte, la lucha por el poder no se plantea ni como repetición de las experiencias del socialismo en el siglo XX ni como escapismo hacia espacios de mera gestión del capital, como los que han llevado a la socialdemocracia al borde de la extinción. Es hora de resignificaciones, un momento para innovar, pero no para caer en la trampa de la simplificación entre lo nuevo y lo viejo, porque suele ser un error peligroso tirar al niño por el desagüe con el agua sucia. Actualmente podemos encontrar tanto agentes y prácticas emergentes sin anclajes directos con experiencias anteriores como fenómenos con una larga trayectoria en los que se ha apreciado capacidad de reciclarse y reinventarse.

La izquierda independentista vasca, como tantos otros agentes a lo largo y ancho del planeta, afronta esta necesidad de reinventarse permanentemente sin dejarse llevar por esa ansiedad por la renovación formal interminable típica de la cultura dominante en nuestros tiempos. A fin de cuentas, tan acertado puede ser hacer borrón y comenzar una cuenta nueva allá donde se ha vivido una derrota histórica como rechazar hacerlo en otro porque sería echar por la borda las bases para un cambio en profundidad. Lejos de nuestra intención adoptar poses paternalistas o arrogantes ante la emergencia de nuevas

formas, plataformas y discursos transformadores, emergencia que celebramos. No es momento de arrogarse méritos ni perder el tiempo en competir por medallas pero conviene recordar que no todo en las últimas décadas ha sido debilidad, ortodoxia o incapacidad de adaptación.

En cada escenario las fuerzas transformadoras deben preguntarse cómo avanzar en los cambios y cómo superar las estrategias de demonización a las que sin duda habrán de enfrentarse, sin olvidar que siempre son la otra cara de la voluntad de cooptar. Ahora, la ya vieja tendencia a denunciar el exceso de democracia se presenta bajo el disfraz de la defensa de la institucionalidad deliberativa frente a los "populismos" y las aventuras bolivarianas, pero el objetivo es el mismo de siempre: gripar los motores del cambio.

Desde Euskal Herria queremos mandar un mensaje de solidaridad y respeto a quienes trabajan por el cambio. Es más lo que une que lo que nos pueda separar en un momento dado. Seamos inteligentes: sumemos fuerzas. Arrieras/os somos y en el camino nos encontraremos.